

EL APARTHEID EN EL CARIBE

Por Sergio Romero Cuevas¹

Es con verdadera tristeza que nos enteramos de que, desde hace meses, la República Dominicana está expulsando de su territorio, nuevamente, a miles de inmigrantes de origen haitiano, muchos de ellos, residentes legales, que viven en ese país desde hace muchísimos años.

Esta situación se originó cuando el Tribunal Constitucional dominicano emitió una sentencia negando la nacionalidad a cuatro generaciones de dominicanos de origen extranjero; disposición con dedicatoria directa a los de origen haitiano, cuya presencia de ese lado de la frontera común, desde hace más de un siglo, irrita a los dominicanos.

Para dar sustento adicional a la afirmación anterior, señalo un hecho histórico, al que se refiere el 13 de octubre de 2012 BBC Mundo en internet, en el que aparece el dato de una masacre de haitianos ordenada por el dictador Leónidas Trujillo, en la que fueron asesinados entre 15 y 25 mil haitianos, en el hecho conocido como la “Masacre del Perejil”:

“...Hace 75 años la frontera entre Haití y la República Dominicana fue el escenario de una masacre que, aunque ha formado parte durante mucho tiempo del imaginario colectivo haitiano, era desconocida para el resto del mundo... El episodio se bautizó como la “masacre del perejil”, porque los soldados dominicanos llevaban una rama de perejil y le preguntaban a los sospechosos de ser haitianos que pronunciasen dicha palabra. A aquellos que tenían como lengua materna el criollo haitiano les resultaba difícil hacerlo, una situación que les podía costar la vida... Los cuerpos fueron arrojados en el Río Masacre, ominosamente bautizado así por una antigua disputa colonial entre España y Francia... Desde finales de septiembre a mediados de octubre de ese año hombres, mujeres y niños fueron primero reunidos y posteriormente golpeados hasta la muerte solo por el hecho de ser haitianos. Incluso dominicanos de piel oscura fueron víctimas de una purga conocida como “el corte”... Los extranjeros como chivo expiatorio.- Los migrantes haitianos han cruzado durante generaciones la frontera en el norte de la isla para trabajar en las plantaciones de azúcar de la República Dominicana. Pero durante la gran depresión que comenzó en 1929 la economía del país cayó en picada y los inmigrantes (haitianos) se convirtieron en el chivo expiatorio... Documentos diplomáticos estadounidenses de la época describen los asesinatos como “una campaña sistemática de exterminación”... Trujillo era un importante aliado de Estados Unidos, pero después de que la magnitud de la masacre saliese a la luz la administración del presidente Franklin D. Roosevelt hizo que el gobierno dominicano pagase reparaciones a las familias de las víctimas un dinero que en última instancia nunca llegó a su destino... A nivel local la gente podía trabajar junta y aceptar que tenemos una sociedad mixta, de la cual los dominicanos de origen haitiano son también parte, afirma el doctor Edward Paulino, un dominicano-estadounidense miembro de la organización Frontera de luces. Pero a nivel del Estado hay todavía cierta sensación de rechazo hacia los haitianos de piel oscura...”

¹ El autor es embajador de México, jubilado.

En época del dictador Trujillo, las relaciones entre éste y Stenio Vincent, presidente haitiano, eran excelentes y ambos hicieron todo lo posible para que la verdad sobre la masacre no se divulgara. Sin embargo, para suerte de la verdad, un corresponsal del New York Times, ubicado en Jamaica, sacó a la luz el tema, aunque habló solamente de “algunos haitianos” balaceados por soldados dominicanos.

En época del dictador Francois Duvalier, los vínculos con la república vecina eran fluidos y a los jefes de Estado les unía la lucha anticomunista (que alcanzó -salvo el caso de México-, un nivel continental), para la cual trabajaban mancomunadamente, contando con un muy amplio reconocimiento y agradecimiento de parte de los Estados Unidos; lo que les permitió gobernar por décadas sin ser molestados con la “cantaleta” de la democracia y la alternancia en el poder. A quienes se sublevaron en contra de sus regímenes, acusados de comunistas, los mataron sin juicios ni investigaciones, incluso, en el caso de invasiones de revolucionarios, con la información que les proporcionaron los servicios de inteligencia del norte, acabaron con ellos en cuanto desembarcaban. Mención aparte merece la sublevación de Caamaño en la República Dominicana y la intervención militar estadounidense.

Incluso, hay que decirlo claramente, las dictaduras en Haití se acabaron cuando Washington decidió que había que aislar definitivamente a Cuba, dejándola como el único país no democrático en el hemisferio, como si la democracia se circunscribiera el hecho de votar.

Acabada la dictadura de los Duvalier en 1984, cuando el pueblo haitiano se sublevó exitosamente en contra de Jean Claude Duvalier, y después de que las elecciones democráticas de 1990 llevaron al ex sacerdote Jean Bartrand Aristide a la presidencia, no bien se había sentado en la silla, cuando el régimen de Joaquín Balaguer decidió la expulsión de centenares de haitianos de su territorio, hecho que provocó serios problemas al nuevo gobierno haitiano, carente de recursos para atender a quienes fueron forzados a regresar a su tierra.

Recuerdo vívidamente que, siendo embajador en Puerto Príncipe, después del golpe de Estado que en septiembre de 1991 derrocó a Aristide, fui llamado a consultas a México y, para mantenerme ocupado, se me envió a la República Dominicana al frente de una delegación que iba a revisar el convenio de cooperación bilateral de cooperación técnica y científica.

En esa ocasión fui recibido por el Viceministro de Relaciones Exteriores, Don Fabio Herrera, el hombre de todas las confianzas del mandatario dominicano en la Cancillería, quien en la conversación que sostuvimos al inicio de la misión, me indicó saber que yo había estado comisionado como embajador en Haití hasta el golpe militar. Para mi sorpresa, Don Fabio señaló que, con respecto de la interrupción del orden constitucional en Haití, me comentaba que el presidente Joaquín Balaguer era de la opinión de que *“todo se podía arreglar en Haití, negociando con los duvalieristas”*.

Me sorprendió la opinión, sobre todo cuando el mensajero citó la alta fuente de la misma. Ante la mirada inquisidora de Don Fabio, que esperaba ansioso mi respuesta, comenté con firmeza que, *“a los muertos hay que dejarlos en el cementerio”*. Noté de inmediato el enorme desagrado que provocó mi respuesta a mi interlocutor, quien rápidamente cambió de tema.

Un claro ejemplo de la importancia que para algunos dominicanos tiene el tema de rechazo a los haitianos, a los negros, era el embajador de ese país en Haití, un profesor de nombre José del Carmen Acosta, cuando estuve como embajador en Puerto Príncipe, que tenía claras evidencias de que en su cuerpo circulaba sangre negra, pero que cada mañana iba a un salón

de belleza atendido por sus compatriotas en Petion Ville, para alaciarse el cabello y no mostrar al público sus orígenes étnicos.

Este embajador dominicano me propuso, a cambio de una muy jugosa recompensa económica, que apoyara la búsqueda en Haití de la partida de nacimiento del destacado político José Francisco Peña Gómez (apodado “El Negro” o “El Haitiano), dirigente del Partido Revolucionario Dominicano, para acabar con él políticamente. Peña Gómez era, en efecto, hijo de haitianos, pero fue adoptado por campesinos dominicanos, y en esos años de mi estancia en Haití, aspiraba a la presidencia de la república vecina.

Me reí bastante de la “ocurrencia” de mi colega, quien insistió que esta oferta era muy seria y que se dirigía a mí, por mi conocimiento y contactos en Haití. Yo mantuve mi posición de que se trataba de una broma.

El retorno de Aristide a la presidencia en 1993, fue de gran desagrado para las autoridades dominicanas, que no entendieron por qué la administración del presidente William J. Clinton apoyó decididamente la reinstalación del mandatario haitiano y, cuando terminó su mandato y fue sustituido por René García Preval, el gobierno dominicano no cambió radicalmente su visión acerca de lo que debía hacer con Haití. Mantuvo a su embajador en Puerto Príncipe, pero siempre con un bajo perfil.

Aristide regresó a la presidencia en noviembre del año 2000 y su retorno fue protestado por la oposición política que sabía que iba a ser imposible derrotarlo en las urnas. Antes, esa oposición se negó a reconocer los resultados de las elecciones legislativas y municipales, alegando un fraude monumental, fraude NO documentado por la misión de observación electoral de la OEA, que sí habló de pequeñas irregularidades que podían corregirse. Los republicanos habían regresado a la presidencia en los Estados Unidos y el régimen de Aristide era una tarea pendiente.

Esta negativa de la oposición a la aceptación de los resultados en ambas elecciones, llevó a la O.E.A., a ofrecer su mediación en el conflicto, misma que fue inmediatamente aceptada por el presidente y su partido político y, con reservas, por la oposición.

La O.E.A. pidió apoyo al gobierno mexicano y, sabedor de mis conocimientos sobre Haití, el subsecretario Gustavo Iruegas, encargado como subsecretario del área de América Latina y el Caribe de la Secretaría de Relaciones Exteriores, me pidió aceptar el encargo de Representante Especial del Secretario General del organismo, el ex presidente César Gaviria Trujillo, y Jefe de la Oficina del organismo regional en Puerto Príncipe. Cuando hablé con Gaviria en Washington le dije que mi misión sería solamente de un año, al término del cual renunciaría al mismo. En el fondo, estimaba que se estaba dando demasiada importancia a la oposición, representada por una cincuentena de grupúsculos sin base ciudadana, salvo algunos partidos con una representatividad real, aunque menor. El partido de Aristide era en esos momentos, el único con representación y base de sustentación al nivel nacional. La popularidad del mandatario era aplastante.

No quiero relatar en este trabajo las incidencias de la negociación en la que participé en la búsqueda de una solución política. Simplemente diré que esa negociación estuvo, desde un principio, marcada por la antipatía que los republicanos sentían por Aristide (incluso, su embajador en Puerto Príncipe, en esta ocasión, no era el tradicional procónsul), y un juego de doble cara de su parte y de la oposición local, motivo por el cual, cumplido poco más de un

año de mi participación en el proceso, como lo indiqué a Gaviria, renuncié al cargo, después de informar al secretario Jorge Castañeda y al Subsecretario Iruegas que la negociación era una trampa y que se estaba creando un escenario para derrocar al mandatario, cosa que ocurrió días después de la celebración del Bicentenario de la Independencia haitiana.

Ahora, el golpe de Estado fue dado por “marines” estadounidenses, que llegaron a la casa del mandatario y lo llevaron al aeropuerto, en donde lo obligaron a subir a un avión que lo llevó al exilio en un país africano.

En el período previo a su segundo derrocamiento, ya estando yo en funciones representando a la OEA, se produjeron varios incidentes, incluso armados, ataques al Palacio Nacional por hombres que entraron al país provenientes de suelo dominicano, al que regresaron cumplida su misión. Los agresores nunca fueron molestados y, menos aún, detenidos por la milicia o la policía de la República Dominicana.

Incluso cuando el escenario del golpe de Estado estaba ya en operación, procedentes de República Dominicana, armados hasta los dientes, ingresaron a territorio haitiano dos personajes de pésimos antecedentes, el ex comisario de policía Guy Phillippe, señalado de estar vinculado al tráfico de drogas y Louis Jodel Chamblain, un paramilitar, acusado por organizaciones defensoras de los derechos de las personas, de haber cometido decenas de crímenes durante el período de los militares que derrocaron a Aristide en 1991.

Ambos y sus pocos “*luchadores por la libertad*”, tenían la misión de crear el escenario para la intervención de los militares estadounidenses.

Es muy relevante señalar que, la inestabilidad política que ha afectado a Haití desde 1984, dio el golpe de gracia a su incipiente industria turística y, también, que mientras en Haití había una constante desestabilización política, su vecino fue desarrollando una muy importante “*industria sin chimeneas*” en diversas zonas del país. Algunos analistas del acontecer en la zona, y es también mi visión, opinan que el gobierno dominicano azuzó y promovió la desestabilización en Haití, precisamente para dotarse de una importantísima industria turística.

Hay que resaltar en medio de toda esta situación tan negativa, que cuando ocurrió el terremoto en Haití en 2010, el primer país presente en auxilio a los damnificados, fue la República Dominicana, pero eso quedó en los anales de la historia.

La crisis actual por la decisión dominicana de expulsar de su territorio a sus ciudadanos de origen haitiano, ha comenzado a llamar la atención de la comunidad internacional y, en estos días, una misión de la O.E.A. está visitando República Dominicana y posteriormente irá a Haití, para enterarse directamente de la situación.

Debo señalar que hasta hace poco, ambos países habían estado negociando una salida a este enorme problema humanitario, pero sus resultados han sido inútiles.

En mi opinión, Haití debe proceder a romper las relaciones diplomáticas y comerciales con su vecino. La segunda medida, lo creo firmemente, bajaría de inmediato la “*emoción nacionalista*” al discurso dominicano y se llegaría pronto a un entendimiento.

Se resalta finalmente, que Haití está en un proceso retardado de tres años y muy tortuoso, que lo llevará a realizar elecciones generales a fines de este año y que, por increíble que parezca, en él participarán más de setenta (70) candidatos a la presidencia (récord mundial, creo).

Es de mencionar que el gobierno haitiano no cuenta con los recursos para costear las elecciones y, para llevarlas a cabo, depende del financiamiento de sus amigos de la comunidad internacional: EEUU, Canadá y la Unión Europea.

Hay pocos pronósticos confiables acerca de quién o qué partido podrá llegar a la presidencia, pero llamó mi atención el hecho de que, si los comicios legislativos y municipales se fueron posponiendo por espacio de tres años y finalmente se llegó a un consenso para verificarlos a fines de este año, ¿por qué los Estados Unidos hablaron de la conveniencia de posponerlos un poco más, nuevamente?

Pregunto: ¿la decisión de las autoridades dominicanas tendrá que ver con un nuevo proyecto de desestabilización de la tierra de Jean Jacques Dessalines y Petion?

México, julio de 2015

Embajador (r) Sergio J. Romero Cuevas